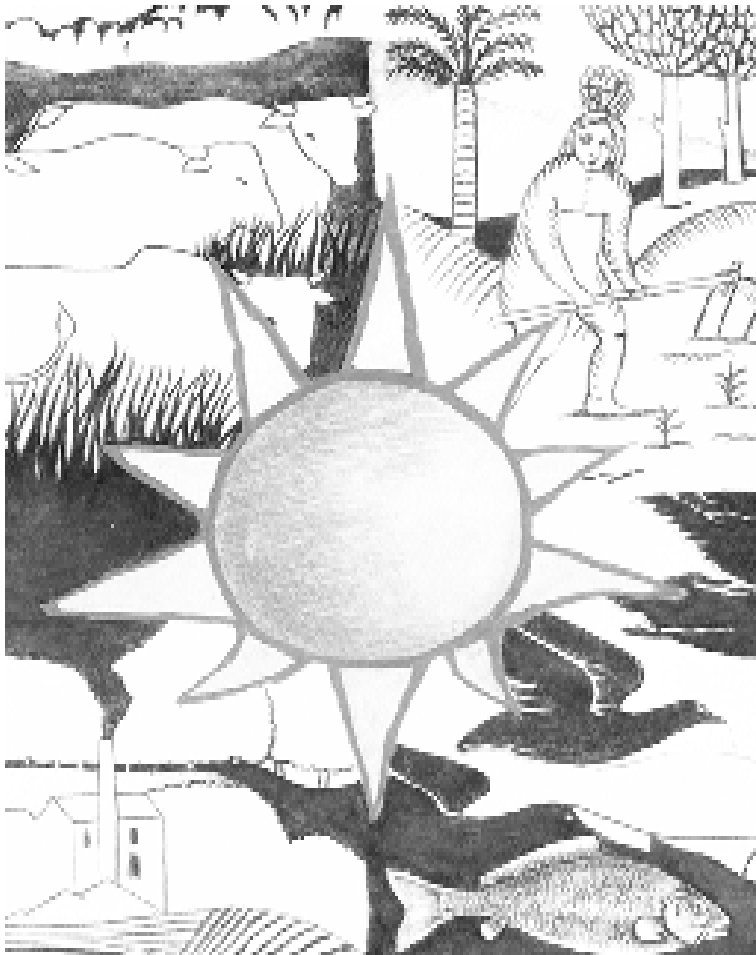


**ROBERTO DONOSO-BARROS EN LA HISTORIA DE LAS
CIENCIAS NATURALES DE CHILE**

Roberto Donoso-Barros in the history of natural science of Chile

Daniel Pincheira-Donoso¹ & Herman Núñez²



¹Centre for Ecology and Conservation, Department of Biological Sciences, University of Exeter, Cornwall Campus, Penryn TR10 9EZ, Cornwall, United Kingdom; Correo electrónico: PincheiraDonoso@exeter.ac.uk. ²Museo Nacional de Historia Natural, Casilla 787, Santiago, Chile. Correo electrónico: hnunez@mnhn.cl.

RESUMEN

Se presentan aspectos personales y profesionales del naturalista chileno Roberto Donoso-Barros, un destacado herpetólogo que realizó numerosos aportes a esta disciplina y su desarrollo en Chile. Su obra más importante ha sido considerada uno de los hitos de mayor relevancia para la herpetología nacional así como de Sudamérica.

Palabras claves: biografía, Roberto Donoso-Barros, herpetología.

ABSTRACT

Personal and professional aspects of the Chilean naturalist Roberto Donoso-Barros are presented herein. He was an outstanding herpetologist, contributing with fundamental studies to the development of natural sciences in Chile. His most important works have been considered a landmark of greater relevance both for the national and South America herpetology.

Key words: biography, Roberto Donoso-Barros, herpetology.



ROBERTO DONOSO BARRÓS (1921-1975)

Roberto Donoso-Barros representa uno de los íconos más conspicuos en la historia de las ciencias naturales de Sudamérica y particularmente de Chile. Principalmente debido a su gran envergadura intelectual, su amplia comprensión de los problemas de herpetología, su tenacidad y extraordinaria capacidad de trabajo, además de su impetuoso carácter, una singular combinación de cualidades que lo llevaron a destacar como uno de los más relevantes naturalistas del continente. Paradójicamente, la carrera de Donoso-Barros es a la vez una de las más cortas que pueden encontrarse entre los investigadores chilenos, no por cambios de rumbo, sino por su trágica y temprana muerte.

Los primeros años, las primeras luces

Roberto Donoso-Barros nació el 5 de octubre de 1921 en Santiago de Chile, aunque suele afirmarse que el año fue 1920 o 1922. Su ma-

dre fue Emma Barros Hardy, hija de británicos, y su padre, Roberto Donoso García, un laborioso químico que heredaría a su hijo la necesidad de buscar un quehacer en la ciencia.

Los intereses de Donoso-Barros por la recolección de animales y plantas, tan semejantes a los ya clásicos intereses de Darwin por reunir todo tipo de objetos y organismos, no tardaron en hacerse evidentes. Desde su más temprana edad acudía con bastante frecuencia a la parcela que sus padres tenían al sur de Santiago, cerca de la localidad de Buin, especialmente en los veranos, donde el niño, con menos de ocho años de edad, dedicaba la mayor parte de su tiempo a realizar con asombrosa seriedad, y casi siempre en absoluta soledad, interminables prospecciones por los grandes terrenos de propiedad de sus padres. Luego de observar cuidadosamente, cortaba las plantas que le resultaban interesantes, o que no estaban presentes en sus inocentes herbarios. Para la búsqueda de animales, desgarraba la corteza de los árboles, levantaba troncos y piedras, reuniendo todo lo que a su paso fuese apareciendo. Como él mismo reconocería años más tarde, la recolecta de vertebrados (como lagartijas) requiere de astucia, algunas herramientas y algo de experiencia. Por ello, la mayor cantidad de sus infantiles colecciones zoológicas estaban constituidas por insectos y otros artrópodos. Era conocida, desde joven, su habilidad para manipular escorpiones tomándolos desde el extremo de su venenoso telson, experiencia que probablemente adquirió en estos primeros trabajos de campo.

Aunque no deja de sorprender que un niño de tan corta edad dedicara tanto tiempo a estas actividades, resulta todavía más llamativo el hecho de que se acompañaba siempre de una libreta de notas en la que comentaba acerca de sus hallazgos, desarrollaba descripciones y dibujos, plasmando sus propias concep-

ciones acerca de lo que se presentaba ante sus ojos. No extraña tampoco que siendo ya un hombre maduro, disfrutara tanto de la conocida frase de Bernardo de Claraval “*aprenderás de los árboles y las piedras lo que no podrás aprender de los labios de ningún maestro*”.

La experiencia acumulada en sus expediciones a Buin, más su fichero de datos con observaciones, lo llevaron, a la edad de ocho años, a decidirse por elaborar su primer libro. Recopilando sus notas de campo desarrolló un manuscrito que llamó “Las Plantas y los Animales de Chile” que, ambicioso por su título, trataba esencialmente la naturaleza de Buin, y añadía algunas otras observaciones tomadas de libros de ciencias naturales que sacaba de la biblioteca de su padre.

Este trabajo era llamado por Roberto “un libro personal” debido, naturalmente, a que nunca fue publicado, y del que señalaba con gracia que “era un libro como puede hacerlo un chiquillo, pero al menos mostraba el interés”. Algunas de las experiencias surgidas de su periodo de trabajo para finalizar su “primera obra”, dejaron peculiares anécdotas. En una ocasión, siendo un niño de menos de diez años, se acercó a la cama de sus padres en la mitad de la noche, despertó a su madre y comenzó a bañarla en halagos y comentarios sobre su belleza. Luego, arremetió, pidiéndole autorización para acostarse con ella. La madre, algo extrañada y claro, un tanto dormida, sin mayores preguntas lo dejó dormir junto a su lado. Temprano al día siguiente, su hermano, con el que compartía habitación, se levantó enojado y enfermizo, diciéndole a Emma, su madre, que Roberto tenía algo que se podría escondido en la pieza. El pequeño naturalista confesó: tenía algunas aves que consiguió recién muertas, y las disecó. Sin embargo, su tarea falló y se descompusieron. Con la obvia desesperación de niño, las escondió en algún sitio del cuarto y, al sentir sus hedores, optó por huir a la cama de sus padres.

La pasión de Donoso-Barros por la naturaleza no hizo más que crecer con el tiempo. Siendo un joven adolescente, de destacada condición escolar, mostró conocimientos adelantados especialmente en los temas de su mayor interés. Habló con su padre, que impartía cátedras en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile localizado entonces en el corazón de Santiago, acerca de sus intereses por asistir como visitante a las cátedras de botánica. Su padre entonces consiguió que uno de sus ayudantes universitarios llevara a Roberto a las clases de botánica que impartía el profesor Víctor Manuel Baeza, las que contribuyeron a cristalizar considerablemente sus conocimiento sobre historia natural y, especialmente, a acentuar su interés por el estudio de la vegetación, que era en realidad su prioridad.

En la vida del joven Roberto nunca mermará el llamado de atención que la naturaleza de los organismos vivos lanzara sobre él.

Sus estudios escolares mantenían un buen nivel de resultados, que lo situaban permanentemente como un alumno destacado. En 1936 ingresó a la Escuela Militar como alumno medio becado, para dar término a sus cuatro últimos años de estudio de humanidades. Este mismo año murió su padre, lo que naturalmente le causó un gran dolor. Su madre se hizo cargo de él y de sus tres hermanos.

En la academia castrense, considerada altamente prestigiosa, desarrolló exitosamente su actividad de estudiante preuniversitario, obteniendo calificaciones altas en todas las asignaturas humanistas y científicas. Sin embargo, en instrucción militar no brilló nunca, puesto que no tenía verdaderos intereses por el ejercicio militar.

En el informe final de su libreta de graduado de la Escuela Militar se detalla un llamativo comentario firmado por un alto mando “*Leal y disciplinado. Caballeroso. Su carácter violento lo lleva a tomar resoluciones erra-*

das. *Requiere mayor preocupación sobre su presentación personal*". En pocas palabras, el militar a cargo resume con gran precisión los más esenciales rasgos de Donoso-Barros: un hombre de carácter fuerte, dominante y explosivo, con bastante poca preocupación por su vestimenta y su aspecto, muchas veces caracterizado por ropas mal puestas, viejas o desgarradas.

Por esta misma razón, el joven no era un hombre capaz de acatar órdenes, y fue una de las barreras más difíciles de su paso por la Escuela Militar, donde todo se rige por instrucción estricta de acuerdo a las jerarquías. Al finalizar los estudios, deja inmediatamente la institución del ejército.

La preparación universitaria y la pasión de naturalista

Una vez independizado definitivamente de la instrucción militar, con el rango oficial de Subteniente de ejército, Donoso-Barros se inscribió para rendir el Bachillerato, la prueba obligatoria de ingreso a las universidades chilenas de la época. El resultado final es sobresaliente, lo que le permite matricularse en la carrera de medicina de la Universidad de Chile, en Santiago, a comienzos de 1940.

En este momento de la vida del naturalista surge un punto que puede dar diferentes matices de discusión, esencialmente debido a que sus intereses estuvieron siempre enfocados hacia el estudio de la naturaleza viva, pero su preparación académica fue médica. Es necesario precisar que hasta comienzos del siglo XX, la mayoría de los más prestigiosos naturalistas, y aún prominentes astrónomos y físicos, como Copérnico, recibieron educación médica en la universidad, pues era el medio más directo para conocer la naturaleza de los organismos. Otro elemento a considerar es la aparición del importante libro de Charles Darwin *The Descent of Man* (1871) en el que discutía, con notable perspicacia, los orígenes

de los humanos a partir de ancestros comunes con linajes actuales de simios, situando al ser humano como un elemento más de continuidad con las secuencias evolutivas de la naturaleza. Esta nueva percepción del mundo desde 1871, condujo a numerosos amantes de la historia natural a concebir que en la medicina podían encontrarse respuestas directas a grandes interrogantes sobre las especies, puesto que el ser humano era así una forma más, un modelo de análisis, y no el centro del sistema terrestre de seres vivos. Estas fueron en parte las razones que llevaron a Donoso-Barros a estudiar medicina, pues estaría cerca de la ciencia, y ahora con las vigorosas herramientas proyectivas que dan los estudios universitarios de ella.

Su periodo de estudiante de medicina no fue diferente a su periodo escolar. Como había sido hasta entonces, obtuvo altas calificaciones, que le valieron aún ser galardonado con premios estudiantiles que lo destacaban como el más sobresaliente del año. Las anécdotas no faltaron en su vida. Pese a la notable posición que ocupada como estudiante, con excelentes resultados, en el segundo semestre del año 1944 reprobó uno de los cursos obligatorios de física. Sucedió que tuvo noticias de un viaje en barco que se realizaría hacia la Isla de Pascua durante el verano. Tuvo la oportunidad de embarcarse en tal aventura, y aunque debía rendir los exámenes correspondientes en enero de 1945, optó por ausentarse sin mayores problemas, lo que le valió insuficiencia de requisitos y resultados, debiéndolo rendir más tarde. La experiencia vivida en Isla de Pascua quedaría marcada para siempre, publicó artículos esenciales, discutió sobre sus observaciones en obras posteriores, y aún se conservan en su familia estatuas polinesias que trajo consigo a su regreso, hace más de 60 años.

El 11 de junio de 1947 Donoso-Barros rinde su examen terminal de la carrera de medicina, con una tesis titulada "Myasis humana

en Chile: Consideraciones clínicas y epidemiológicas”, que junto con sus altas calificaciones, le valieron una titulación de Médico-Cirujano con la más alta distinción académica. La gran calidad clínica, y naturalmente la proyección biológica que el joven estudiante dio a su tesis final, determinó que esta fuera publicada prontamente, por decisión de una comisión médica, siendo actualmente uno de los trabajos más citados a nivel internacional que Donoso-Barros haya publicado.

Desde la obtención de su título médico, la vida de Donoso-Barros estaría llena de grandes objetivos y logros, que lo llevaron a alcanzar un prestigio mundial. En la Universidad de Chile había sido uno de los miembros más estables del grupo de trabajo que dirigía el fiero médico italiano Doctor Juan Noé, que gozaba de una extraordinaria reputación por sus brillantes trabajos en el campo de la parasitología clínica. Noé había designado en varias ocasiones a Donoso-Barros como ayudante de cátedras, en las que el joven aspirante a médico desarrolló actividades más que satisfactorias. Con ello, llegó a ganarse la amistad y el respeto más sincero de su maestro, un reconocimiento que muy pocos llegaron a obtener.

Por ello, una vez colegiado, Donoso-Barros recibió una oferta que contribuirá en forma significativa a fortalecer el rumbo de su vida científica. Hacia finales de la década de 1940, una grave epidemia de malaria afectaba el norte de Chile. Noé fue designado para dirigir una activa campaña antimalárica con el objetivo de terminar con la existencia del conocido mosquito *Anopheles*, responsable de la grave enfermedad, establecida en una estación clínica en la ciudad fronteriza de Arica. El médico europeo, al estructurar su equipo de combate, reclutó a Donoso-Barros, quien aceptó de inmediato la propuesta. Siendo un médico joven, recibió importantes responsabilidades, que lo llevaron a asumir la necesidad de

elaborar estrategias originales y efectivas de trabajo con la población. El resultado final, fue la erradicación total de la malaria en Chile en 1950, marcando un hito en la historia de la medicina del país. Más galardones fueron ofrecidos a Donoso-Barros, que apenas se acercaba a los treinta años de edad.

Fue en el periodo en que desarrolló su actividad como colaborador de Noé, que Donoso-Barros comenzó a mostrar un fuerte interés por la biología animal. Como se mencionó previamente, tenía desde niño, una clara inclinación por la botánica. En el laboratorio de su maestro, debió trabajar arduamente con el análisis de parásitos animales de importancia clínica, lo que le llevó a adquirir un enorme interés por aquellos seres involucrados en afecciones patológicas de cualquier tipo. Fue entonces que su mirada llegó, en el amplio espectro que tal interés implica, al problema de las intoxicaciones producidas por artrópodos, especialmente himenópteros (avispas) y arácnidos (arañas y escorpiones). Inició una serie de observaciones en este campo que más tarde fueron publicadas, despertando el interés de numerosos investigadores jóvenes. En esta línea, inevitablemente consideró al problema de las mordeduras de culebras chilenas, que entonces estaban envueltas en un oscuro manto de dudas acerca de las factibilidades de causar emponzoñamiento a seres humanos con su veneno. De hecho, se dudaba incluso si eran formas productoras de toxinas. Desde la publicación de la señera obra de Claudio Gay, “Historia Física y Política de Chile. Peces y Reptiles” (1848), los controvertidos trabajos de Rodolfo Amando Philippi, “Sobre las Serpientes de Chile” (1899), y hasta en las excepcionalmente numerosas y amplias contribuciones de Enrique Ernesto Gigoux, se discutía, con tonos de autoridad, el hecho de que las culebras chilenas eran incapaces de causar envenenamientos en seres humanos, constituyendo elementos de fauna inofensivos.

Gigoux, en algunas de sus contribuciones, dejó abierta la discusión, sugiriendo que se trataba de un problema más desconocido de lo que se pensaba.

Es así que Donoso-Barros es cautivado por la misteriosa incertidumbre acerca de la ponzoña de las serpientes. Comienza a realizar observaciones personales, que lo interesan rápidamente, al encontrar evidencias sobre la capacidad de envenenamiento de estos animales en Chile. Debió introducirse en la búsqueda de literatura en numerosas bibliotecas, y numerosos autores entonces antiguos, hoy casi legendarios, para reunir el contexto que debía estructurar para dar inicio a sus estudios de herpetología clínica. Prueba de ello, es un conjunto encuadrado de decenas de artículos tomados de diferentes revistas y monografías, acerca de animales ponzoñosos de Chile, hoy conservado en la Universidad de Concepción.

Sus ilimitadas intenciones por aprender acerca de todo lo que le rodeara, junto a su arraigada pasión por la historia natural, lo llevaron a leer los capítulos sobre lagartijas de Chile, junto con aquellos de ofidios. Comenzó a reflexionar sobre tan peculiares elencos biológicos, dominado casi exclusivamente por saurios de un mismo género, los iguanianos *Liolaemus*, uno de los linajes de vertebrados más diversificados del planeta. De ese modo, su atención y sus hipótesis se centraron cada vez más con la herpetología en su más amplio sentido, sin limitaciones, aún de fronteras. Era ésta una de las características de Donoso-Barros, su extensión de ideales, su búsqueda de la verdad, obviando todo tipo de limitaciones humanas. Decía convencido “por encima de las barreras nacionales existe un ideario superior que es la verdad”. Adoptó como suyos los problemas irresueltos de esta disciplina biológica, reunió sus notas de campo, sus observaciones y su intelecto, para publicar en 1947 su primera contribución a la herpetología de

Chile, «Breves notas sobre reptiles chilenos», en el Boletín del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Es éste uno de los aportes al conocimiento de la biología y diversidad de reptiles chilenos, citado en centenares de artículos, por innumerables autores de diferentes países.

El herpetólogo había nacido. Dos semanas antes de su muerte, relató en una entrevista en relación a su dedicación a la zoología por encima de la botánica “el interés primario fue entonces reemplazado por el interés secundario, que me pareció mucho más importante”. Su más profunda fidelidad hacia la botánica, su verdadero primer amor, se vería reflejado a lo largo de su vida, en los apasionados relatos que hacía de la flora que acompañaba y daba cobijo a los reptiles, que en poco tiempo acabaron por cautivarlo irremediamente. Sus numerosas contribuciones herpetológicas aparecidas luego en la década de 1950 darían paso a una nueva etapa en los estudios de biología animal y de ecosistemas de Chile, con la introducción de discusiones pioneras, y despertando problemas que dormían en tratados del siglo XIX especialmente en las bibliotecas europeas.

No cesarán las brillantes contribuciones de Donoso-Barros, que seguirán siendo publicadas incluso después de su muerte.

Carácter y familia

Donoso-Barros resultaba un individuo peculiar en muchos aspectos de su vida. Había sido siempre un hombre asiduamente aficionado a la lectura, su biblioteca personal conformada por miles de volúmenes daban testimonio de su curiosidad por los temas más variados, siendo conocido entre los círculos académicos que lo rodeaban como un sabio completo. El renombrado herpetólogo José M. Cej recordaba que sus profundos conocimientos de cultura clásica, historia y humanidades lo diferenciaban de cualquier científico, normalmente reti-

rado en el aprendizaje de mecanismos técnicos, leyes y complejas fórmulas. Pese a ello, su vida estaba lejos de restringirlo al encierro de un salón de lectura. Su tiempo era bien organizado para desarrollar interminables actividades, con amigos y familias. El genetista Faruk Alay señalaba que Donoso-Barros “no era el típico viejo sabio que vive para estudiar, mucho de su tiempo lo usaba con su familia y para reflexionar sobre diferentes asuntos”.

Contrastaban con esta pasión por el estudio sus a veces excéntricos modos de llevar la vida. Sus oficinas universitarias eran siempre caóticas, no existía orden de ningún tipo, montañas de papeles y libros se levantaban por todas partes, tapizando suelos y repisas. Frascos con alcohol y muestras biológicas aparecían por todas partes. Su pasión por conservar terrarios con extraños lagartos y letales serpientes, que muchas veces se fugaban como burlándose de sus descuidos, lo hacían recorrer gateando los pasillos y oficinas de algunos de sus colegas, avisando del peligro del fugitivo. No menos descuidada era su vestimenta. Chaquetas con las mangas derruidas, camisas y corbatas manchadas con mostaza o aceite, resultado de sus apresurados almuerzos. Su esposa, Esther Concha Cosani, debía luchar a diario con él para que usara ropa en buen estado.

Era un hombre alegre, siempre lleno de gracia y picardía. Adornaba reuniones íntimas con bromas y chistes que muchos de sus amigos suelen recordar hoy con agrado. Pero los límites de su carácter, como de su vida, eran mucho más amplios. Cuando la situación lo ameritaba, despertaba su titánico temperamento, levantaba la voz, y decía cuanto quería decir. Su roja barba se erizaba como el pelaje de las fieras. En una ocasión, invitado a una reunión entre mucha gente de círculos profesionales y académicos, un conocido médico que se ganaba la vida haciendo abortos se paseó

entre los invitados saludándolos uno a uno. Cuando llegó a tender su mano a Donoso-Barros, éste sin mirarlo, siguió conversando de forma natural. Su mujer, entonces, le llamó la atención y le dijo molesta que le estaban saludando, a lo que su marido respondió con palabras claras y precisas “yo no le doy la mano a un asesino!”. No era un hombre que gastara su tiempo en dar explicaciones a nadie. Dormía donde quería dormir, decía lo que quería decir, hacía lo que quisiera hacer. El mismo Cei decía que en ocasiones se hacía difícil tratar con él, por su impetuosidad y carácter dominante, aunque todo terminaba en amistad alegre ante algunos pisco sour.

En 1947 había contraído matrimonio por primera vez con Luly Luderitz. No más de un año duró su relación, pero le hizo padre por primera vez, de Constanza Donoso. Nunca se separaría de esta hija.

En 1958 se casó por segunda vez con Esther Concha Cosani, conocida como Pelusa, una enfermera con quien había trabajado en el Hospital José Joaquín Aguirre de Santiago, donde ambos desempeñaban su labor en endocrinología. Curiosamente, Donoso-Barros había estado años antes enamorado de la madre de Esther, la reputada escritora Ester Cosani Sologuren. Nunca habían llegado a nada más que una fuerte amistad que los unió hasta sus últimos días. De su segundo matrimonio, nacen seis hijos más, Paulina, Valeria, Marcela, Roberto, Cecilia y Álvaro. Todos ellos y Constanza compartieron siempre una infancia muy cercana. A cada uno de ellos dedicó especies y géneros, algunos reiteradamente citados en la literatura científica chilena, como los controvertidos géneros *Pelusauros* y *Estherophis*, las lagartijas *Liolaemus constanzae* Donoso-Barros 1961 y *Liolaemus paulinae* Donoso-Barros 1961, y los violentos lagartos *Pristidactylus valeriae* (Donoso-Barros, 1966) y *Pristidactylus alvaroi* (Donoso-Barros, 1974). Sus demás hijos fueron re-

cordados en especies tropicales.

Donoso-Barros, la ciencia y la reputación

El reconocimiento internacional que Donoso-Barros adquirió durante su labor en las décadas de 1940 y 1950 resultaba evidente en las numerosas invitaciones que recibió para desarrollar estadías de investigación en varias partes del mundo, participación en congresos, y cargos de honor de alta consideración. En la década de 1950 había sido invitado a ser el curador honorario de la División de Reptiles y Anfibios del Museo Nacional de Historia Natural de Chile, una de las instituciones más tradicionales del país en el estudio científico de la naturaleza.

En esta institución regularizó en forma notable, junto con los conocidos herpetólogos José M. Cej y María Codoceo, las antiguas colecciones de reptiles y anfibios, llevando a cabo labores esenciales, como la recuperación y determinación de centenares de ejemplares que se habían visto dañadas por décadas de parcial olvido, y sobre todo, el estudio detallado de las colecciones herpetológicas formadas durante el siglo XIX por el naturalista Rodolfo Amando Philippi. En esta tarea, Donoso-Barros determinó variadas culebras, lagartos y anfibios, que marcaron una nueva etapa en los estudios de sistemática iniciados varias décadas antes. Conjuntamente, su labor científica y docente la desarrollaba en la Facultad de Ciencias Pecuarias y Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile, donde dirigió estudios pioneros en citogenética, biogeografía y evolución de reptiles, que lo destacaron rápidamente.

En 1963 fue contratado por la Universidad de Oriente en Venezuela, para tomar bajo su total autoridad la organización de un nuevo Instituto de Biología. En este país Donoso-Barros desarrolló una labor brillante que lo situó como un naturalista conocido en todos los continentes, por sus investigaciones en pro-

blemas de ecología, evolución y sistemática de ecosistemas tropicales, una línea de interés mundial, su trabajo con tortugas marinas, y especialmente, sus famosas contribuciones acerca de los cocodrilos y caimanes de Sudamérica, hoy considerados como trabajos de literatura científica clásica y obligada. Federico Medem, quien fuera uno de los especialistas más conocidos del mundo en el estudio de estos grandes animales, llegó a sentir un gran aprecio por el naturalista chileno. Basta con leer la primera página de la insigne obra sobre “Los Crocodylia de Sur América”, publicada en dos volúmenes (1981, 1983), en la que este autor dedica el trabajo a Donoso-Barros.

Acercándose el año 1965 regresa a Chile para continuar su trabajo en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago y en la Universidad de Chile. Sin embargo, la mayor parte de su tiempo estaba dedicada a la elaboración de la que sería su más famosa obra, el voluminoso libro “Reptiles de Chile” (1966), hoy considerado como uno de los trabajos clásicos de más prestigio de la historia natural de Latino América, siendo en Chile la obra más esencial escrita sobre estos animales hasta la fecha. Por ya cuatro décadas es citado anualmente en centenares de publicaciones en numerosas revistas científicas, siendo uno de los libros más leídos y consultados sobre naturaleza de Chile. La publicación de esta obra elevó el prestigio de Donoso-Barros en forma insospechada, su nombre era mencionado en varios continentes, que querían contar con sus servicios como miembro científico. Ofertas y premios caían sobre él reiteradamente.

Sin embargo, cautivó su atención una oferta llegada el año 1966 desde la Smithsonian Institution de Washington. El conocido biólogo, James Peters, director de la División de Reptiles y Anfibios, ofrecía a Donoso-Barros un cargo altamente cotizado de investigador científico, para desarrollar una ambiciosa obra

zoológica, un estudio global de todos los reptiles Squamata (escamosos: lagartos, serpientes y anfisbénidos), en conjunto con un tercer miembro investigador, Braulio Orejas-Miranda, de Uruguay. Ese mismo año viajó con toda su familia a Estados Unidos, donde es recibido por los miembros de su nueva institución, como una autoridad universitaria. En este país dedicó todo su tiempo a la elaboración de este proyecto, finalizado exitosamente, y publicado en dos grandes volúmenes bajo el título “Catalogue of the Neotropical Squamata” (1970) que, junto con la clásica obra del brillante herpetólogo, George Albert Boulenger, del British Museum (Natural History) de Londres, constituyen los trabajos más difundidos y utilizados en el estudio de los reptiles latinoamericanos.

En 1969, con una sólida reputación, regresa a Chile, contratado por el Instituto Central de Biología de la Universidad de Concepción. Ese mismo año, es reconocido con el más importante galardón científico de la época en Chile, el Premio Abate Molina, otorgado por la Academia de Ciencias, que lo reclutó como uno de sus miembros, un cargo altamente cotizado en el país. No se dejó esperar otro importante anuncio, el Premio Científico Atenea, por su gran contribución a las ciencias naturales.

Donoso-Barros había desarrollado una carrera sobresaliente, decenas de publicaciones científicas altamente respetadas, además de sus dos libros. Su fama llegaba a cualquier universidad del mundo donde hubiese herpetólogos. Solicitudes de opinión, invitaciones, libros dedicados, especies para revisión, cartas y fotografías con conocidos biólogos arribaban a sus manos sin cesar. La historia de las ciencias naturales de Chile era diferente con la presencia de Donoso-Barros en el campo y en los laboratorios. A comienzos de la década de 1970 era ya considerado un brillante científico, uno de los más prestigio-

sos herpetólogos latinoamericanos, y entre los diez más renombrados del planeta en esta especialidad.

Concepción, el último destino del naturalista Donoso-Barros aceptó en 1969 una tentadora oferta del Departamento de Zoología de la Universidad de Concepción, en esa ciudad. En poco tiempo comenzaron los preparativos para trasladarse a Chile nuevamente, pero no sin algunas dificultades.

Se dice que al momento de comenzar a organizar su colección científica personal de reptiles y anfibios, la Smithsonian le sugirió que la dejara en Washington como parte de las series biológicas de la División de Reptiles y Anfibios de la institución. Donoso-Barros rechazó tal sugerencia, pues era una colección conformada por más de 5000 ejemplares procedentes de casi todo el mundo, y la mayoría de ellos de Chile y Argentina, lo que constituía un valioso conjunto para cualquier naturalista. Algún grado de intransigencia habría mostrado la prestigiosa institución, tratando de retener la colección, de modo que Donoso-Barros esperó hasta un día domingo para recuperar todos sus animales, debidamente indicados, uno a uno, en sus cuadernos personales de notas. La totalidad de su colección herpetológica llegó intacta a Chile, aunque no sucedió lo mismo con su biblioteca, de la cual se extraviaron centenares de libros en el trayecto. Un contenedor completo quedó desaparecido.

El periodo en la Universidad de Concepción constituyó para Donoso-Barros una etapa en la que desplegó toda su experiencia de décadas en el campo de las ciencias naturales, lo que se materializó en numerosas contribuciones que aparecieron publicadas en revistas especializadas internacionales, en que trató diferentes problemas altamente controvertidos, dirigidos a líneas de investigación en evolución y anatomía comparada. En el Departamento

mento de Zoología de esta universidad desarrolló varios trabajos pioneros que constituyen verdaderos hitos en diferentes disciplinas zoológicas tales como análisis de conducta defensiva, de supervivencia ecológica, desarrollo embrionario, y como era su especialidad, de sistemática evolutiva y taxonomía.

Apenas llegado a Concepción, había recibido el Premio Abate Molina, antes mencionado, con el que pudo comprar de inmediato un enorme terreno y una casa en la comuna de Chiguayante, hacia el oriente de Concepción

Se trasladó con su familia al nuevo sitio, donde estableció además su consulta médica, en la que atendía gratuitamente a la gente más desvalida de Concepción y sus alrededores. A otros, cobraba precios casi absurdamente bajos, lo que hizo que algunas personas que nunca fueron atendidas por él, dijeran que sus bajas tarifas eran el reflejo de su pobre calidad como médico. Pero lo que brilla con luz propia no puede apagarse. El prestigio médico de Donoso-Barros, ya conocido desde hace décadas, con sus contribuciones a la bioquímica del vitíligo, su trabajo en malaria, y su famosa discusión con un Premio Nóbel de Medicina, el Dr. Li en un congreso de endocrinología realizado en Chile cuando contaba 29 años, no tardó en acrecentarse en la población. Médicos de todas partes se acercaban a él para pedir sus consejos y recomendaciones. Pacientes de numerosas localidades llegaban a su consulta, con graves patologías y serias dificultades económicas. No se conocen casos en los que su llamado “diagnóstico brujo” no surtiera exitoso efecto. La población lo llamaba “Doctor bueno” y “Doctor de los pobres”. Nadie, por décadas, olvidaría su labor, ni sus visitas en plenas noches de invierno a los barrios más humildes, para salvar la vida de quienes eran ignorados por aquéllos que tenían en sus manos la administración de la salud pública.

Mientras tanto, su actividad científica no

se detenía un solo momento. Al igual que en sus residencias previas, la casa de Chiguayante servía también de hogar a innumerables tortugas, serpientes, lagartos y sapos que mantenía en terrarios, para su estudio. En Concepción su contribución se acercó a las 200 publicaciones especializadas.

Cada año aparecían numerosos artículos en los que se entregaban descripciones de nuevas especies de anfibios y reptiles para la ciencia, procedentes de varios países de Sudamérica, acompañadas de profundas discusiones acerca de sus relaciones con otros grupos de especies. Llama la atención, que sin adelanto ninguno de la secuenciación de ADN como herramienta de trabajo zoológico, Donoso-Barros fuera capaz de integrar en sus discusiones acertadas opiniones acerca de la relación evolutiva de linajes, sus mecanismos de aislamiento y las razones de sus vías de adaptación a las diversas comunidades de las que formaban parte. No hubo elemento de los ecosistemas que escapara a sus apreciaciones más personales, siempre acentuadas de total originalidad, de claridad, y aunque no siempre exactas, al menos para ojos de la ciencia moderna con todas sus herramientas de análisis, de una valentía y osadía intelectual que en pocos científicos suele observarse. Luego de reflexionar y observar los hechos, estructuraba sus hipótesis, muchas de ellas utilizadas actualmente por numerosos grupos de trabajo que han dedicado décadas a su estudio, algunas otras rectificadas. Evidentemente que no todos han compartido las opiniones y apreciaciones que Donoso-Barros entregó para esclarecer los problemas de la naturaleza, pero su legado, como la más sólida de las bases, será recordado por siempre.

En su período en la Universidad de Concepción, como se señaló, Donoso-Barros desplegó todo su poder intelectual, llegó a convertirse en un científico de fama y reconocimiento público, fue designado reiteradamen-

te con altos cargos académicos, como Director del Departamento de Zoología, como Presidente de prestigiosas sociedades científicas, entre muchos reconocimientos. Le han sido dedicadas numerosas especies de reptiles, como *Chelonoidis donosobarrosi*, *Liolaemus robertoi*, *Liolaemus donosobarrosi* y *Liolaemus donosoi*, o el subgénero *Donosolaemus*, sólo por nombrar algunos ejemplos.

En esta institución emprendió una tarea monumental. Inició la redacción de un voluminoso libro sobre la historia de las ciencias naturales en Chile. No pudo concluirlo, a causa de su muerte, pero quedó el legado de un enorme manuscrito, más de 400 páginas con extraordinaria información, desconocida por muchos, escrita en un elegante estilo, inconclusa. Estando en las manos de uno de sus nietos, descansa tranquilamente, a la vez que es completado poco a poco, respetando su más principal consideración, la rigurosidad histórica y la verdad por encima de todas las cosas.

Un día sábado 2 de agosto de 1975, en un atardecer lluvioso, Donoso-Barros salía desde el Club Concepción, donde había permanecido durante la tarde, junto a su amigo Faruk Alay para recoger a dos de sus hijas, Marcela y Cecilia, que habían pasado la tarde en casas de amigas. En el trayecto olvidó a la primera, y sólo fue por Cecilia. Dirigiéndose a su casa en Chiguayante, donde lo esperaban su familia, y sobretodo Esther, su esposa, puesto que había algunos pacientes para ser atendidos por él, Donoso-Barros tomó una de las curvas de la carretera Pedro de Valdivia, camino a su comuna. En la intersección con Sanders, encontró de frente un bus de pasajeros. El choque fue brutal, con consecuencias fatales para el naturalista.

Su hija Cecilia, gravemente herida, sobrevivió, para hacer después una vida normal. La noticia no tardó en difundirse, la arrastraron los periódicos, los vientos y las voces. El

gran científico de 53 años había desaparecido ante nuestros ojos, pero no ante nuestras memorias, menos ante las diarias discusiones que elaboramos quienes nos dedicamos al trabajo de las ciencias de la vida, que compartimos día a día con él, que lo escuchamos, y que muchas veces lo corregimos. Las cenizas del sabio fueron regadas sobre las aguas del Bío Bío, tal y como fue su voluntad. Nunca más dejaría la ciudad de Concepción.

Al pensar en grandes hombres, como Roberto Donoso-Barros, es gratificante saber que las páginas de un libro son la mejor memoria de la humanidad. Son las únicas incapaces de sentir rencores, envidias, y de sepultar el recuerdo de los forjadores de nuestros caminos. Sus obras lo recuerdan cada día, y homenajes como el que aquí exponemos, lo hacen también.

Su imagen no se borrará de la memoria de su familia, de su descendencia, nunca más. Tampoco de sus grandes amigos, como fueron José Miguel Cej, Luis Peña, Paulo Emilio Vanzolini, William Duellman, Mario Ricardi, Nibaldo Bahamonde, Guillermo Mann, James Peters, Braulio Orejas-Miranda, Jaime Péfaur, o de sus discípulos, como Faruk Alay, Vladimir Hermosilla y Guido Sanhueza, entre muchos otros. No todos viven hoy, pero las historias se heredan.

Treinta años después de su muerte, cuarenta después de su máxima obra, Roberto camina todavía entre nosotros, entregándonos a cada momento su opinión, enseñándonos que el mundo debe mirarse desde muchas perspectivas, porque es un complejo sistema, que cambia, que oculta hechos, y que la labor del científico es descubrirlos y exponerlos a nuestros pares. La vida de Donoso-Barros cambió las ciencias en Chile, con su magnífica contribución, y caprichosamente, para mostrarnos cuan fundamental fue, cambió también con su muerte, dejando un vacío entre nuestras filas, pero no entre nuestra gratitud y nuestros recuerdos.